Parasha bereshit



El Jardín de Edén

Elohim creó los cielos, la tierra, los animales y finalmente al ser humano
Creó a Adán y Java y los puso en el hermoso Jardín de Edén.
Podían disfrutar de todo, excepto de un árbol: el árbol del conocimiento del bien y del mal.
Elohim les había dado libertad, pero también una responsabilidad: obedecer.



La desobediencia

La serpiente habló con Java y sembró dudas en su corazón.
Java tomó el fruto prohibido y comió. Después se lo dio a Adán, y él también comió.
Cuando Elohim los llamó, tuvieron miedo y se escondieron.
Pero en vez de reconocer su error, Adán culpó a Java y Java culpó a la serpiente. Así aprendieron que el pecado no solo trae consecuencias: también puede hacernos esconder nuestra responsabilidad.



Fuera del Jardín

Adán y Java tuvieron que salir del Jardín de Edén.
Ahora conocerían una vida más difícil y aprenderían que nuestras decisiones
Pero Elohim no dejó de trabajar con ellos.
Con el tiempo nacieron sus hijos: Caín y Abel.
Y cada uno tendría que decidir qué hacer con lo que había en su corazón.



Caín y Abel

Caín cultivaba la tierra y Abel cuidaba ovejas.
Un día llevaron ofrendas a Elohim. Caín se llenó de enojo y celos.
Elohim le advirtió: —El pecado está a la puerta.
Caín podía detenerse y reconocer lo que estaba sintiendo, pero dejó crecer su enojo.
Finalmente, su pecado lo llevó a hacer algo terrible contra su hermano Abel.

¿Dónde está tu hermano?

Elohim preguntó a Caín:
—¿Dónde está tu hermano? Caín respondió:
—No sé.
Pero Elohim conocía la verdad.
Caín no quiso reconocer su pecado y tuvo que enfrentar las consecuencias.
Su historia nos enseña que esconder nuestros errores no los hace desaparecer.
Reconocerlos es el primer paso para cambiar.

Volver al camino

La humanidad continuó creciendo, pero también aumentaron la violencia y la maldad. Bereshit nos enseña una gran verdad: El pecado puede alejarnos del propósito de Elohim cuando decidimos esconderlo en lugar de reconocerlo. Adán, Java y Caín aprendieron esta lección de manera dolorosa. Pero nosotros podemos aprenderla antes:
“Me equivoqué. Lo reconozco. Quiero cambiar.”
Reconocer nuestro error puede ser el comienzo de un nuevo camino.

Final

Adán y Java dijeron, en esencia: “La culpa fue de otro”.
Caín intentó esconder su responsabilidad.
David dijo: “He pecado”.
Y ahí está la diferencia:
Justificar el pecado nos puede mantener lejos del propósito.
Reconocerlo y arrepentirnos abre nuestro corazón para cambiar.
La pregunta no es solamente: “¿He cometido un error?”
La pregunta es: “¿Qué haré cuando Elohim me muestre mi error?”